

El Problema de los Niños Difíciles

Por Norman DAYMOND HUMPHREY, Ph. D. Profesor asociado de Sociología y Antropología de la Universidad de Wayne. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción de Angela Müller Montiel

LA opinión de los adultos sobre la conducta infantil que puede ser calificada de conducta difícil, varía considerablemente. Por ejemplo, hay adultos que condenan las travesuras infantiles, pero en algunos momentos recuerdan con cariño explosiones semejantes de su propia infancia y adolescencia. Características de la personalidad que un padre no considera anormales, son motivo de grandes discusiones para otros. Los maestros, según su propia filosofía de la educación, pueden considerar la conducta estrepitosa de los chicos en las horas de recreo, dentro del edificio escolar, como condenatoria y mala o como una natural y saludable manifestación de energía. Pero, a pesar de estas diferencias en juicio, se conocen ciertos hechos definitivos que tienen gran influencia sobre el tema y que ayudan a definir el problema de los niños difíciles.

Un estudio hecho en Ohio hace algunos años, indicó una relación general inversa entre la clasificación de las características de conducta, hecha por los maestros de escuela, para investigar la salud psicológica y la clasificación de las mismas características hecha por los trabajadores clínicos, para guiar a los chicos. Las características que crean problemas de conducta al llegar a la edad madura no constituyen tema de especulaciones y conjeturas ociosas, a pesar de que siempre se relacionan con lo que el grupo moral dominante de una sociedad considera como conducta adul-

ta "normal". Es algo científicamente demostrable que los niños difíciles no solamente constituyen un problema para los adultos, sino también para sí mismos. Además, todos los especialistas se han puesto de acuerdo sobre el punto de que la conducta difícil casi siempre se debe a las definiciones y pasiones que dominan en el grupo y no a una predilección biológica del chico por lo que es malo.

Hasta el punto en que un chico es tranquilo y se conforma con las normas generales, es hasta donde se le considera "normal" de acuerdo con el punto de vista popular. Pero la timidez y el temor, la superobediencia y el espíritu cuidadoso, en realidad pueden considerarse como síntomas, a los ojos del especialista, de una vida potencialmente mal ajustada. Tampoco la conducta anormal del chico se refiere únicamente a sí mismo. El trabajador preparado que ha visto varios casos de temperamento excitable, incorregibilidad o tiranía infantil, sabe que muchas veces cuesta tanto trabajo conseguir que los padres y otros adultos asociados con el niño, logren una comprensión clara del problema, como corregir al propio niño. Además, el trabajador acepta gustoso estos síntomas que lo llevan a descubrir rasgos patológicos de conducta tales como apatía infantil, indiferencia, falta de atención y sueños diurnos vacíos. El grado hasta el cual cada una de estas características puede tomarse como indicio de una conducta patológica, depende, en parte, de su incidencia estadística y la experiencia personal del investigador es la que tiene que determinar sus consecuencias probables en la vida adulta.

La concepción más popular de los padres irresponsables evoca fenómenos de la vida tales como el padre borracho y la madre floja e inconsciente y la concepción común tiende también a fijar la atención en personas biológicamente "inadecuadas", tales como los deficientes mentales, que traen hijos al mundo, mal equipados para vivir en él. Pero esta es una concepción parcial de la materia. No hay duda de que hay muchos tipos específicos de padres "defectuosos" entre los cuales se encuentran aquellos a quienes los eugenistas deberían concederles particular atención. Sin embargo, ninguna sección aislada de la población ha demostrado una tendencia especial para deformar la personalidad de los niños. Los niños con problemas provienen de diferentes secciones de la sociedad. El grado de amor manifestado al niño, que es el principal preventivo de una conducta patológica, no está muy relacionado con la filiación religiosa, social o étnica. El grado y la clase de cariño que recibe un niño resulta ser el principal factor para guiarlo hacia la normalidad o la desviación.

Un estudio general sobre los problemas de conducta de los niños, hecho en términos de la posición socio-económica, indica que los niños que provienen de hogares económicamente acomodados, son los que muestran más desajustes escolares, más problemas de conducta en cuanto a las características de sumisión y menos en cuanto a las características agresivas (robos, escapatorias, mentiras, engaños, etc.) y además indica que la proporción de “malos hábitos” en otros segmentos económicos, es más o menos la misma. Así pues, podemos decir que la posición socio-económica de la familia es solamente uno de los factores que producen la conducta difícil en los niños.

Las raíces de la conducta difícil en los niños, si escuchamos el juicio de los especialistas, radican en las relaciones de la familia y las formas de dicha asociación en América han sufrido muchísimos cambios en los últimos 50 años.

Han ocurrido tantos cambios que la definición de las posiciones que habían sido fijadas por las normas populares de varias generaciones, han perdido su significación y los tipos de familia socialmente reconocidos que se encuentran actualmente, gozan de tan poca estabilidad, que los miembros no disponen de formas fijas para definir las situaciones. No solamente ha disminuído el número de miembros de la familia, sino que han desaparecido muchas de sus antiguas funciones económicas, educativas, recreativas, protectoras y religiosas. Entre otras consecuencias, encontramos el aumento en los divorcios, especialmente a medida que ha ido aumentando la población urbana. Pero correlativo a estos cambios se ha desarrollado una preocupación constante por el bienestar psicológico de los niños, llenándoles sus necesidades básicas.

Todos los especialistas están de acuerdo en que una de las funciones fundamentales del hogar y la familia consiste en llenar la necesidad de afecto que tiene el niño y comprenderlo como persona, cada una de cuyas características se relaciona con la necesidad básica del niño de sentirse seguro y protegido. Si el niño no se siente seguro se mueve en dirección de la seguridad, desarrollando sustitutos sintomáticos de ella. Como el niño no es un objeto mecánico, sino un instrumento plegable, modelado por las circunstancias y por la significación que da a las situaciones, los padres pueden ser considerados como los responsables directos de la conducta anormal de los niños. Los padres, a su vez, están formados, en gran parte, por sus propias experiencias de la vida, y por las situaciones de la comunidad y las relaciones interpersonales en las que se ven obligados a

moverse. Las oportunidades de los padres, también están limitadas por la sociedad y la cultura en que se mueven. Pero, teniendo esto en cuenta, los padres conscientes pueden controlar, aunque sea parcialmente, el ambiente de su hogar.

Los papeles y las relaciones sociales de los niños anormales estudiados por Healy y Bronner indican la importancia de las relaciones de padres e hijos. Estos autores hacen resaltar la importancia del ambiente emocional del hogar. La delincuencia sexual, en las chicas, por ejemplo, aparentemente se liga directamente con depravaciones prematuras en la región afectiva y los alcohólicos casi siempre se caracterizan por haber tenido padres tiránicos y madres consentidoras.

El hombre común no construye estas tipologías, deja esto para los expertos. A él le gusta más desarrollar tipos como el que queda ejemplificado por los niños incorregibles. Pero el niño literalmente "incorregible" es algo muy raro y, contra lo que se cree vulgarmente respecto a su etiología, es más adecuado considerarlo como una víctima de las situaciones y necesidades que como un "determinante" activo y voluntario de las mismas. Definirlo como incorregible es dar un paso de diagnóstico en dirección equivocada. Generalmente su conducta no se encamina en dirección de las normas morales dominantes en el grupo, hasta que se le proporciona ayuda, dirección y simpatía... Así pues, el niño no solamente necesita ser amado, sino también responder emocionalmente a dicho amor. El empleo de la técnica vulgar de dar al niño descarriado "otra oportunidad" para alcanzar el "nivel moral" de conducta, cuya hipocresía puede ser causa de una rebelión más por parte del niño, frecuentemente no tiene otro resultado que anticipar el fracaso.

Si los niños anormales son producto de hogares anormales, la principal preocupación de la terapia individual y la acción social debe ser procurar la manera de que se desarrollen relaciones afectuosas normales entre los padres y entre padres e hijos, a fin de cortar el círculo vicioso que se origina cuando no existe el cariño. Los niños pueden ser el producto de un medio familiar en el cual se reitera constantemente el precepto moral, haciendo que exteriormente se adhieran a normas que entierren sus problemas hasta el punto, de que su conducta de rebeldes, no afecte inmediatamente a las otras personas, sino que es a la larga cuando se descubren como jóvenes psiconeuróticos o delincuentes juveniles, que constituyen problemas muy serios para ellos mismos, su familia y su comunidad.

Desde el momento en que los niños anormales provienen de hogares anormales, se presenta otro problema para los adultos: el de la paternidad.

El problema de impedir que llegue uno a convertirse en un padre deficiente se soluciona en parte por medio de la auto-reflexión y de tomar en serio el papel que se representa, mostrándose conscientemente dispuesto a sacrificar otras cosas que exijan tiempo y energía con tal de poder atender a las necesidades del niño. La serie de acontecimientos que conducen a la paternidad, muchas veces no son previstas. Frecuentemente antes de que, por lo menos el padre, haya comprendido bien lo que es la paternidad, se encuentra con que esta exige un cambio absoluto en su forma de vida, ya que altera el tiempo y la energía que concedía anteriormente a los intereses y valores predilectos. Por lo tanto, para que la paternidad sea el valor primario de las horas que no son de trabajo, deben hacerse sacrificios, a fin de que el bienestar del niño, sobre todo desde el punto de vista psíquico sea tenido en cuenta siempre. Sin embargo, muchas veces estos compromisos se hacen refiriéndose al niño sólo en forma incidental, y esta forma tangencial de considerar al pequeño frecuentemente es la causa de una conducta anormal por su parte.

Sin embargo, muchas veces surge una verdadera dificultad de considerar directa y realmente el bienestar del niño. Esto sucede por ejemplo, cuando se imponen propósitos al niño, por padres demasiado celosos y bien intencionados. La ocupación, el tipo de compañero, el nivel escolar, son cosas sobre las que debe ejercerse un mínimo de control consciente, aún por parte de la misma persona, y sin embargo, estos objetivos vitales, constantemente son impuestos en forma directa y circunscrita a los descendientes, por padres bien intencionados, pero que no toman en cuenta las aptitudes o actitudes de sus hijos. Seguramente que la dirección y los consejos son deberes que corresponden a los padres, por el carácter de su papel familiar, pero tienen que ser sugestivos y no definitivos en su forma. Frecuentemente los padres no hacen caso de esto, y la presión que ejercen sobre sus hijos en estos puntos son causa frecuente de conflictos, cuando no de una conducta francamente delincuente.

Esta presión, especialmente cuando se refiere al carácter de la ocupación y cuando se ejerce sobre un chico al que se considera flojo, indiferente o falto de voluntad, y que en realidad es un deficiente mental, a menudo da origen a una personalidad deformada. El niño que demuestra una inteligencia mental superior a la de otros chicos de su edad, también necesita atención especial, para evitar que desarrolle una conducta anormal.

En cualquiera de los dos casos, siempre son los padres quienes a la larga, son los "clientes" o "pacientes" y casi siempre son los últimos en darse cuenta de ello, por lo cual son los menos aptos para vencer las causas de la dificultad. Ellos también, confusos por la situación buscan consuelo en el consejo de personas legas. Sin embargo, los problemas de la conducta infantil casi nunca quedan dentro del marco de comprensión del "sentido común" (o ignorancia común) del vecino, el maestro y a veces ni siquiera del médico. Pues el sentido común, con la importancia que concede a las situaciones mecánicas muchas veces olvida la necesidad básica de amor que siente el niño, por una parte, y su derecho a la autonomía de su desarrollo, por la otra.

El problema de la conducta anormal en los niños a veces ha sido definido en términos de las probabilidades, generalmente estimadas, de que una niñez anormal produzca casos de delincuencia juvenil, criminalidad o desórdenes mentales en la madurez. Las correlaciones reales son desconocidas, debido en parte al hecho de que las estadísticas adecuadas sobre la materia son muy escasas y las que existen son selectivas y parciales. En estas obras se afirma que hay una relación directa y causal entre la conducta infantil anormal, la delincuencia juvenil y la criminalidad de los adultos, pero no se prueba en qué consiste esta relación exactamente.

No hay duda de que por lo menos dos o tres por ciento de los niños que asisten a las escuelas, pueden considerarse como niños anormales. La conducta difícil se manifiesta en formas tales como agresividad, rebelión, desobediencia general, falta de respeto por la autoridad, resentimiento extremo e infelicidad evidente y prolongada. La escuela es un sitio en el que dicha conducta se observa y se define públicamente. El factor citado más frecuentemente por los maestros como directamente responsable de la conducta anormal de los chicos es el hogar inadecuado. Este concepto de "hogar malo" evoca imágenes de miseria y promiscuidad, pero, aunque este tipo de hogar queda también incluido, no es necesariamente el único que provoca la conducta anormal en los chicos. Los factores más importantes no son la miseria, en sí, sino el tipo de relaciones y vínculos entre padres e hijos en dichos hogares. La conducta anormal del chico es más bien una consecuencia de sus relaciones con sus padres y parientes y el maestro casi siempre se da cuenta de ello y por eso no reajusta su conducta para con el niño.

Podemos lanzar la hipótesis de que, de cada diez casos de conducta infantil anormal observada en las escuelas, en nueve, puede remontarse

el caso hacia una concepción equivocada de su personalidad, formada en el niño, debido a sus relaciones con sus padres. La inestabilidad emotiva de parte de uno de los dos padres es la principal causa del desequilibrio en la personalidad del niño en casi la mitad de los casos de conducta infantil anormal. Aquí también tenemos un círculo vicioso que solamente se normaliza momentáneamente en vez de romperse, debido a que no se trata adecuadamente. Generalmente puede arreglarse por medio de la intervención de personas o de agencias externas.

Bajo la tensión de la época de guerra o de otras circunstancias sociales anormales, la inestabilidad emotiva de los padres tiende a acentuarse y las probabilidades del tratamiento disminuyen.

Antes de que los niños llamen la atención de otras personas, generalmente sus síntomas se han hecho tan notables, que los padres se han lanzado ya en busca de ayuda. Sin embargo, en los estudios dirigidos por el Ryther Child Center, en Seattle, durante un período de diez años (1935-45) y un grupo de 430 niños a los que se les aplicó cierto tratamiento, se vió que respondió favorablemente, en casi el 75% de los niños, notándose que estos niños eran justamente los que demostraban disturbios más serios cuando fueron llevados por primera vez a la clínica. Se calcula que la mitad de los niños que son tan "difíciles" que van a parar a manos de la policía, tienen uno o los dos padres que por su inestabilidad emocional son un "adulto difícil". El niño anormal no es necesariamente el deficiente mental. Quizá el 60 por ciento de los niños en el grupo mental subnormal esté compuesto por seres tranquilos y pacíficos. Es el niño emocional y culturalmente pervertido el que puede convertirse en el delincuente potencial.

Son muchos los factores que pueden acelerar el curso de la conducta anormal. A veces son responsabilidades demasiado pesadas que se echan sobre los niños. En muchas familias, de las que provienen los niños difíciles, se observa que no se comparten los propósitos, los placeres ni los problemas. Sin embargo aquí, como en otras muchas situaciones, puede suceder lo mismo, es decir, que se produzca la conducta anormal en el chico, cuando las condiciones son exactamente las contrarias. Especialmente en las familias de la clase media bien intencionadas, puede obligarse a los chicos a tomar demasiada participación en los intereses comunes, sin tomar en cuenta su personalidad o sus intereses particulares. Por ejemplo, salir a pasear en el coche familiar el domingo por la tarde, puede

resultar aburrido y pesado para el adolescente en proceso de desarrollo. Se corre el riesgo de consentir demasiado a los chicos o de obligarlos a seguir una ruta que sofoca sus intereses nacientes.

Los desórdenes de la personalidad se manifiestan con más frecuencia cuando existe un rechazo abierto u oculto del chico. En estas relaciones generalmente se ve amenazada la seguridad y a que uno de los padres puede preocuparse demasiado por ella y el otro no hacer ningún caso. El chico que desarrolla una conducta normal, por lo menos teóricamente, es aquel que recibe una cantidad igual y pareja de cariño, sin ansiedades, por parte de sus dos padres. El chico que no satisface en el hogar su necesidad de cariño tiende a desarrollar cierta hostilidad hacia los adultos que no son sus padres y buscar sustitutos sintomáticos para todas las decepciones que ha sufrido en su familia. Desde luego que los padres se ven envueltos en situaciones, tanto dentro como fuera del hogar, que les exigen tiempo y atención, que los distraen de sus preocupaciones paternas.

Por eso es que muchas veces los padres no consideran a sus hijos como criaturas que son leyes por sí mismas, sino como a responsabilidades a las que tienen que atender, junto con muchas otras, pero concediéndoles cantidades limitadas de tiempo y atención. Frecuentemente los padres descuidan lo que el experto considera como el desarrollo y los intereses del niño. Este descuido es especialmente notable entre los padres de adolescentes que, por su grupo de edad, se encuentran también frente a serios problemas de cambios económicos y psicológicos. El fracaso de los padres y de la comunidad para proporcionar a los niños y adolescentes medios socialmente aceptables para satisfacer sus deseos, muchas veces hace que el niño busque medios inadecuados de estímulo y satisfacción. Y el castigo ante la transgresión que frecuentemente sigue, no hace más que agudizar el síntoma que produjo originalmente la conducta anormal.

Los especialistas consideran el castigo como un mal sustituto del estudio paternal de los factores que se encuentran en la base de las dificultades del niño. Pero, como dichos factores generalmente son de un carácter emocional, ni el niño ni el padre, por sí solos y sin ayuda, pueden atraparlos y enfrentarse con ellos. Si el padre descubre cuáles son estos factores, debe cuidarse mucho de no caer en un tratamiento de venganza. El sentido de autopercepción del niño debe ser en todo momento, el principal punto de consideración del padre, si quiere evitar dificultades. Por ejemplo, la masturbación, que estadísticamente norma, puede ser intensificada

en circunstancias que hagan al chico sentirse rechazado. Y los reproches de los padres cuando se sospecha o se sorprende esta conducta lo único que hace es agudizar la vergüenza del chico, lo cual lleva a intensificar lo mismo que se trataba de evitar. Todas las cosas que dañan la confianza del niño en sí mismo, que es muy frágil, que lo ridiculizan, como por ejemplo, cuando expresa su afecto por el padre del sexo opuesto, pueden ser fuentes frecuentes de conducta anormal.

Los defectos físicos, tales como la vista mala o el fracaso en lo que se esperaba del niño, tal como el aprendizaje a leer, pueden ser factores que contribuyan a formar la conducta difícil y nunca deben excluirse de su análisis.

Sin embargo, la verdadera relación entre los defectos físicos y la conducta difícil nunca se ha definido claramente y, en la mayoría de los casos, puede considerársele simplemente como una contribución a la concepción inadecuada de la personalidad, que es el concepto básico para comprender a los niños difíciles. El niño torpe, pero que se siente amado, trata los problemas intelectuales por difíciles que sean con más ecuanimidad, que su compañero inteligente, pero emocionalmente dañado.

Se ha escrito mucho acerca del "hijo único" como de un niño cuyo desarrollo emocional se ve perjudicado por el consentimiento de sus padres. Sin embargo, no hay una relación necesaria entre su situación y la de otros chicos normales. Al fin, el curso de la vida de este niño, queda determinado por las definiciones que haga o que se le hayan impuesto, respecto a las situaciones. Si éstas se han hecho de acuerdo con las reglas socio culturales dominantes, no se presentará una conducta anormal. Esto puede decirse también del niño de padres divorciados o separados. En muchos casos el hijo de padres divorciados tiene muchas menos probabilidades de convertirse en un problema que el de padres que están viviendo bajo el mismo techo, pero peleando constantemente. En general, hay menos trastornos emocionales entre los hijos de padres divorciados que de padres separados, pues cuando los padres están divorciados las cosas están claras y se hacen menos exigencias emocionales a la lealtad del niño.

Como casi siempre los niños anormales son el producto de padres anormales, para que la intensidad y frecuencia del problema disminuya, lo primero que hay que buscar son hogares mejores y padres más normales. Si consideramos que las soluciones de la psiquiatría son impracticables, encontramos que el único remedio consiste en proporcionar cir-

custancias que proporcionen la mayor seguridad económica y emocional que sea posible a la vida familiar. Si se redujera la inseguridad económica que amenaza al padre en las clases obreras, seguramente que tanto él como su familia se sentirían más seguros en otros aspectos de la vida también.

A la larga, cuando se conozcan los factores que contribuyen a hacer los matrimonios felices, la niñez segura y tranquila, la forma de reducir la rivalidad entre hermanos y de satisfacer las necesidades psico-sexuales del chico, seguramente que se encontrarán con menos frecuencia los casos de inseguridad emotiva en los niños. Desde que el niño nace, necesita verse envuelto en un manto de verdadero cariño durante los primeros años de su vida; esto puede significar que la madre lo críe con su pecho y no con alimento artificial, que el proceso de enseñanza para satisfacer las primeras necesidades de la vida se alargue y sea menos severo, que se afloje un poco la disciplina y se conceda más atención al pequeño y que se enseñe a éste, lo más pronto que se pueda, a controlarse por sí mismo.

En vista de que las agencias situadas fuera de la familia inmediata cada vez más relevan a esta asociación de muchas responsabilidades, un personal bien preparado en las escuelas hogares, que conozca las necesidades emocionales de los chicos, probablemente ayudaría a disminuir el número de niños que observan una conducta anormal. Pero todo esto debe ir apoyado por una mejor educación de los padres, lo cual, en parte, comprende la preparación prematrimonial a fin de poder elegir un compañero de la vida apropiado.

Una comunidad constructiva en la que puedan liberarse muchas energías sofocadas en la escuela y el hogar, podría resultar un medio efectivo de mejoramiento. Además los niños anormales podrían ser ayudados en cada caso específico, por personas sustitutas de los padres, quienes harían todo lo posible por evitar la represión profunda y ayudarían al niño a recuperar su sentido de seguridad, haciéndolo sentirse amado y deseado en su familia. Algunas medidas como las leyes retroactivas o las escuelas obligatorias para los padres de delincuentes y truhanes, pueden ser populares, pero su éxito es muy discutible y la terapia que proporcionan es de corta duración. Son, en su esencia, medidas punitivas o puramente moralistas. En el pasado estos procedimientos han demostrado ya su ineficacia, ya que muchas veces intensifican en vez de eliminar el problema que tratan.

Si se ensayan algunas medidas establecidas por toda la comunidad, como puede darse el caso, sería muy útil un estudio de la comunidad, con

atención especial a las unidades vecinales o locales. La movilización de conocimientos, habilidades y recursos de los numerosos grupos conectados con el mejoramiento infantil, puede hacer mucho para prevenir tanto como para dar el diagnóstico e indicar el tratamiento. Las iglesias, que a menudo consideran a los niños como algo que entra dentro de su dominio, pueden ser instrumentos muy efectivos en esta organización comunal, pero debe ponerse más atención en la terapia constructiva que en hacer reproches por falta de moral o piedad cristiana. Estamos seguros de que las escuelas, los tribunales de menores y otras agencias relacionadas, tendrán que abandonar las medidas de castigo para volverse hacia las de comprensión y rehabilitación constructiva. Prácticas tales como la de expulsar de la escuela y hasta de la comunidad al chico mal ajustado, tendrán que ser abandonadas. La tarea de la escuela es sobre todo educar, no por medio de los preceptos o prédicas formales, sino por medio de técnicas constructivas desarrolladas en las diversas ramas de la psicología clínica, el trabajo social y la psiquiatría.